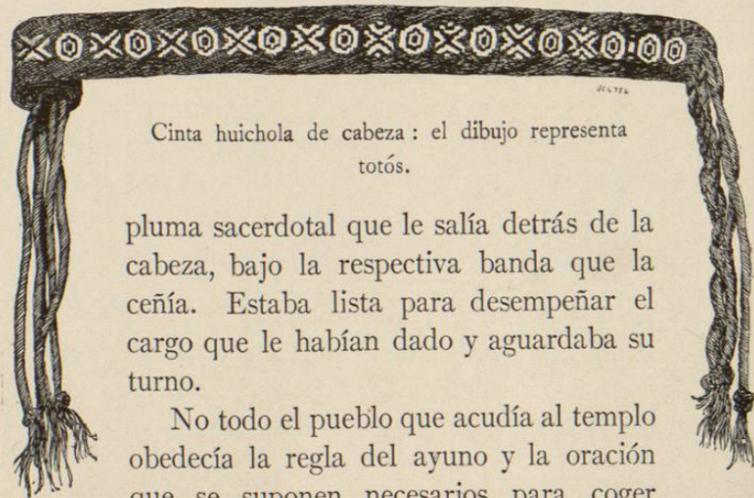


bles cintas, bolsas y plumas les flotaban por toda la cara y el retintín de los cascabeles de sus vestidos producía una música demasiado incitante á que los venados no podrían resistir de seguro.

Unos cuantos quedaron atrás únicamente, entre servidores del templo y jóvenes enamorados, á quienes se consideró indignos de tomar parte en la gira. Los principales se sentaron en sus sillones, bajo una enramada dispuesta á la entrada del templo, y tras ellos, en cuclillas sobre una vaqueta, descubrí á nuestra desertora cocinera con una



Cinta huichola de cabeza : el dibujo representa totós.

pluma sacerdotal que le salía detrás de la cabeza, bajo la respectiva banda que la ceñía. Estaba lista para desempeñar el cargo que le habían dado y aguardaba su turno.

No todo el pueblo que acudía al templo obedecía la regla del ayuno y la oración que se suponen necesarios para coger la presa: lo importante es que los hombres y mujeres de más distinción no infrinjan el ayuno. Siguen á los cazadores durante todo el día con el pensamiento, rogando al Fuego, al Sol y á todos los dioses que les den buena suerte y, por ende, la felicidad para todos. El ciervo es el emblema del sustento y la fertilidad, por lo cual riegan con su sangre el maíz que ha de sembrarse, para fertilizarlo, siendo este el sacrificio más acepto á los dioses, pues que sin él no se obtendrían la lluvia, ni las buenas cosechas, la salud, ni la vida.

De cuando en cuando pónense en pie los que ayunan,

y rezan en voz alta con tan grande fervor, que ellos y todos los demás comienzan á llorar conmovidos. Con frecuencia también, dan vueltas en el interior del templo, deteniéndose frente á los equipalitos y platicándoles como si los dioses estuvieran sentados en ellos. Mucho del resultado depende de estas suplicaciones á las sillas. Cierta vez se cogieron dos venados, y tal fortuna se atribuyó principalmente á la dedicación con que aquellas gentes se habían estado levantando á cada momento para acercarse á los equipales á invocar á los dioses.

Yo me ocupaba en ver cuanto ocurría á mi rededor, observando al pueblo y las cosas, pero sin juzgar conveniente tomar fotografías, temiendo que fuese á imputárseme la menor desventura que llegara á ocurrir en la cacería; pero comprendiendo que no debía perder la oportunidad de alcanzar influencia sobre ellos repitiendo algunos juegos de manos con que había sorprendido á varios el día anterior y de que mucho se había hablado, híceles mi propuesta, la que fue muy bien recibida, asegurándome que ningún daño podía causar ni á ellos ni á los cazadores. Cuando adelantándome con toda calma comencé á mostrarles mi "poder," estaban dos viejos llorando como niños diciéndole al Sol cuán abundantes serían las cosechas, con sólo que les permitiese capturar los venados; mas al punto que advirtieron lo que yo estaba haciendo, encamináronse poco á poco á sus equipales, para verme. Uno de mis escamoteos consistía en hacer desaparecer y aparecer de nuevo, á voluntad, una bola roja; y quiso mi buena suerte que la imagen del Sol que los indios conservan en aquel santuario, fuera muy semejante á dicha bola en color y tamaño, de manera que comenzaron á figurarse que el "Padre Sol" estaba quizás á mi disposición, con lo que comencé visiblemente á ganarme su aprecio.

No bien hube terminado mi acto de prestidigitación, cuando noté vivo y repentino movimiento en el pueblo.

Sus caras, generalmente sin expresión, se les encendían, y hablaban rápidamente unos con otros. Lo que habían estado aguardando entre el temor y la esperanza aparecía en el linde del bosque: se aproximaba un mensajero. Era uno de los cinco jóvenes que llevaban las flechas. La excitación popular era extraordinaria, se había ganado el día, las oraciones de los que ayunaban habían sido escuchadas, ¡los dioses habían concedido una presa! Cuando el mensajero se hubo acercado más, viose que traía en la mano un lazo, pero guardaba lo principal en la talega.

La mujer de la pluma, cuando el muchacho llegó, púsose en pie, tomó una gran bocanada de agua contenida en un guaje y procedente de varias fuentes sagradas, y roció varias veces al mensajero, en tanto que el pueblo entero recitaba en pie sus oraciones. Cuando el joven hubo recibido, con evidente placer, aquel riego, puso su bolsa en manos del sacerdote, quien, llevándola al templo, la abrió junto á un nicho situado frente á la entrada, donde se presentan ofrendas al dios principal. La bolsa contenía un pedazo de intestino del ciervo, atado de ambos extremos y lleno de sangre. El *shaman* mojó en ésta un dedo y la untó, primero en el templo, luego en los diminutos equipales de los dioses, y por último en las sillas de las personas de importancia.

Desde luego se ofreció de comer al muchacho, con lo cual quedó roto el ayuno para todos los presentes. Hora y media más tarde llegaron los demás, encabezados por un hombre que cargaba la presa, la que siempre se lleva entera al templo, con excepción de los intestinos, que se le extraen para quemarlos en el sitio mismo donde ha sido capturada. La hilera de indios, pintorescamente vestidos y caminando triunfalmente por entre la alta yerba que crecía tras del templo, causaba un efecto verdaderamente hermoso.

Fuera del templo se había regado, á la derecha de la

entrada, paja sobre la que se depositó cuidadosamente el venado, que fue recibido de igual manera que los panes de maíz, porque en concepto de los indios son cosas idénticas. Según la mitología de los huicholes, el maíz fue primeramente venado, idea que se debe á que en los tiempos primitivos los ciervos proveían principalmente á la subsistencia de la tribu.

Se tendió al animal con las piernas hacia el oriente, y frente á él se colocaron toda suerte de comestibles y ollas de tesguino. Cada quien, á su vez, fue acercándose al venado para pegarle palmadas con la mano derecha, desde el hocico hasta la cola, dándole las gracias de que se hubiera dejado capturar.

“Descansa,” le decían, dándole el nombre de “Hermano Mayor.” Si hubiese sido hembra, la hubieran llamado “Hermana Mayor.” El sacerdote puede decir por largo tiempo al animal muerto: “Ya te han dejado libre, Abuelo Fuego, Abuelo Cola de Venado, Padre Sol y todos los demás Dioses; ya llegaste á nuestra casa; muchas gracias porque has venido; tú no estás enamorado; ¿como has podido venir á nosotros que estamos todos enamorados? Descansa, Hermano Mayor; tú nos has traído plumas y te estamos profundamente agradecidos.”

Las astas del animal son consideradas como las plumas sacerdotales, y los venados mismos son de tan capital importancia en la vida religiosa de la tribu que, si por algún motivo se llegasen á extinguir, la religión de los huicholes tendría que modificarse. La filosofía de toda su vida puede resumirse en esta sentencia pronunciada por uno de los sacerdotes: “Orar á nuestro Abuelo el Fuego y poner lazos para coger venados, es llevar una vida perfecta.”

Pronto quedó desollado el animal y se guardó la piel, probablemente para que sirviera á los bailarines en alguna fiesta del *jículi* ó para hacer con ella aljabas, ó simplemente

para curtirla. Los huicholes no duermen nunca sobre dichas pieles, por creer que les causarían dolores de espalda.

Abrieron un hoyo en el suelo, en donde pusieron á tatemar el venado, entre piedras calientes, resguardando la carne con hojas y cubriendo el agujero con tierra, procedimiento usado siempre para tal cosa. En cuanto á la sangre, se hierva en una olla.

Entre tanto, los cazadores hicieron pinole con cinco granos de maíz y lo sacrificaron al fuego del templo que apagaron en seguida, cubriéndolo de ceniza, y luego cada quien contribuyó con cinco granos, los que fueron molidos, echados en agua, y convertidos en pan que se coció sobre las calientes cenizas. Este pan constituye una recompensa, y es lo primero que comen los cazadores.

Dijéronme que al sureste de aquel lugar se hace un tamal figurando una cabeza de venado, para que el sacerdote lo coma después. El tamal se coloca al extremo de un palo que se clava en el patio y del que se atan algunas cuerdas, las cuales cogen varios hombres vestidos de mujeres poniéndose á bailar alrededor. La danza consiste en vueltas que se dan en un sentido y otro, y tiene por objeto la adoración del Sol.

Poco después de oscurecer fueron quemadas las flechas ceremoniales, los cetros de paja y todas las hojas con que se habían envuelto los panecillos. En seguida se prosiguió el baile, en la misma forma que la noche anterior y como habían estado ya bailando dos noches, poco había que esperar de la tercera. Pronto cesó la danza y se dedicaron á comer y beber, á cuyo efecto todas las familias habían llevado grandes cantidades de diversos alimentos y aguardiente que se vendía ó repartía gratuitamente. En medio del regocijo general se notó que los perros, que habían olido el venado, lo habían devorado después de sacarlo del hoyo, pero la cosa no pareció causar mal efecto

á nadie, pues todos los deseos habían sido satisfechos con la donación obtenida de los dioses.

En breve muchos estuvieron ebrios, y poco á poco fueron desplomándose dentro del templo. Como llovía, ahí se quedaron hasta el día siguiente en que el sacerdote, cuando empezaba á amanecer, les roció la cabeza con agua lustral, valiéndose para ello de una rama de orquideas rojas, á efecto de darles salud y vida. Regóse también agua fuera del templo, sobre el suelo, hacia arriba y en todas direcciones, para librarse de todo mal.

La fiesta llegaba á su punto culminante con una carrera para obtener larga vida, que tuvo lugar la mañana siguiente entre los jóvenes, y que constituye otra de las formas de suplicar que el pueblo tiene, á que alude la palabra *jarari* con que se designa toda la fiesta en la parte situada al noreste.

Ya se había preparado en el bosque una meta. Dos plumas sagradas, una para los jóvenes y otra para las muchachas, se habían asegurado á unos árboles con ciertas ceremonias mágicas. Mientras llegaban los corredores á la meta, bailaba un hombre delante de las plumas.

La mayor parte de los asistentes de más edad estaban ya tan llenos de licor y de sueño, que difícilmente podían encaminarse desde el templo para presenciar la carrera, pero por extraño que parezca, no perdieron detalle de la ceremonia. El astrólogo principal parecía medio muerto, pero hizo de modo de poner su silla frente á la tambora que fue sacada del santuario y púsose á tocarla mecánicamente, haciéndose oír todavía mientras los otros se tambaleaban en todos sentidos.

Se hacían notar en la multitud dos sacerdotes que llevaban sendas banderitas curiosamente hechas con diminutas esteras de carrizo, atadas al extremo de una larga varilla, esteras que diferían ligeramente en su construcción,

por ser la una para los muchachos y para las muchachas la otra.

Todos ardían en deseos de que diese principio la carrera, y á la primera señal dada al efecto partieron los hombres á toda velocidad, seguidos por las mujeres. Por fortuna para los abanderados, no tenían que correr al frente de sus filas, sino detrás, comisión mucho más cómoda después de días y noches de ayunos y festejos. La intemperancia de los viejos no producía el menor efecto en la conducta de las jóvenes parejas, que no veían en ello nada indecoroso, tratándose de personas de respeto que habían cumplido plenamente sus deberes para con los dioses, y se mostraban por su parte perfectamente sobrias, de manera que sólo entre los individuos de edad se halla extendido el privilegio de imitar á los dioses y embriagarse.

Los viejos compensaban la inseguridad de sus piernas tremolando con frenesí sus banderas y gritando desafortunadamente para impulsar á los que corrían, según la costumbre, en fila uno tras otro. Si alguno llega á caer, debe estarse tirado en el mismo sitio hasta que todos vuelven, para poder seguirlos, pues de lo contrario no ganará la recompensa de una larga vida.

Frente al templo se tendió una frazada en donde se depositaron numerosos panecillos en forma de animales, tales como venados, pavos, conejos, etc., los que se fabrican de la semilla de una planta llamada *hua-hue*. La yerba (*amarantus-leucocarpus*, denominada en español *chia* ó *chol*), crece silvestre, aunque también la cultivan algún tanto los huicholes. Por ser amarilla pertenece al dios del Fuego, y es probable que la tribu haya usado su grano antes de conocer el maíz, pero ahora se emplea principalmente en las ceremonias, excepto cuando el maíz escasea, y á nadie se le permite comerlo sino hasta que la carrera termina.

Como quince minutos después de la partida, volvieron corriendo dos hombres. Simularon agujerear con un popote uno de los tamales que estaban en el suelo, y en seguida volviéronse al bosque. Transcurrido un nuevo lapso de quince minutos, llegó á toda velocidad una joven trayendo en la mano una pluma negra y blanca, y al punto recibió de boca de la mujer emplumada, una rociada sobre el cuello y el pecho. La victoriosa doncella, clavando con la extremidad de la pluma uno de los panecillos, se lo alargó al sacerdote. Fueron rociadas lo mismo que la primera las demás muchachas que iban presentándose corriendo con ligereza, y cada una de ellas á su vez, clavando con popotes los animalillos de pan, iban ofreciéndolos á las personas principales. Conforme fueron llegando los mancebos recibían de aquel modo su baño y daban panecillos á sus mayores, quienes los comían asegurando con ello la salud y la vida para todos los juvenes.

Así terminaba la carrera por la vida, curiosa y antiquísima ceremonia. Nadie obtiene su subsistencia de los dioses, sin esfuerzo propio, sin ceremonias y fiestas, sin sacrificio y trabajo personal. Tales son los sacrificios que los dioses demandan del pueblo inferior para otorgarles maíz, frijoles y calabazas.

En la parte sureste, esta carrera está relacionada con la fiesta del jículi, con que anualmente inaugura el pueblo el uso del maíz tostado. Allí los animalillos de pan se conservan por cinco días en el templo, bajo las cenizas del fuego, y pasado ese tiempo, cada persona principal engulle su pieza. Muchas veces, al remover las cenizas, se encuentran las tortas completamente quemadas, y siempre que esto sucede, atribúyese á la gula de la multitud. Constituye una variación de esta observancia, el que los corredores agujeren bolas de pinole. Entonces se señala la meta para ambos sexos con plumas sagradas, y no comienzan á picar las bolas sino hasta que todos han llegado.

Las clavan además con colas de venado enfundadas en palos como dedos de guante. Estos instrumentos son ofrecidos á cada uno de los campeones por el hombre que baila frente á la meta. Cuando el mozo que ha ganado la carrera entrega las plumas al sacerdote, recibe de éste, en recompensa, una pluma y un pequeño ceñidor, mientras que la muchacha, que da sus plumas á la mujer del *shaman*, obtiene en cambio una olla y un brazalete de cuentas de vidrio.

La gente empezó, al fin, á retirarse, pero todavía se quedaron muchos hasta el siguiente día, divirtiéndose con la danza y la música del violín. En la tarde, con motivo de arreglar ciertas cuentas dentro del templo, pude observar una muestra del carácter huichol. Negábase un hombre á pagar sus deudas y la discusión se hizo repentinamente violenta. Varias personas saltaron de sus sillas y pusiéronse á hablar en apretada fila, con las caras muy juntas, gesticulando de manera salvaje y prorrumpiendo en torrentes de palabras con tono chillón, tal como suelen hacer los campesinos franceses. Parecía que á cada momento lloverían los golpes, pero en pocos segundos se calmó la tempestad y se restableció la calma. Los huicholes son fáciles de emocionarse y muy sensibles para reír, llorar ó encolerizarse. No es raro entre ellos el suicidio, en uno y otro sexo, promovido por celos ó disgustos domésticos, y son más exitables que ninguna otra tribu de las que conozco. Con todo, escenas como la que describo, ocurren únicamente bajo la influencia del alcohol.

Encontrando, al fin, oportunidad de emplear mi cámara fotográfica, la coloqué en el trípode. No bien lo advirtieron, cuando dos indios, llevando cada uno una vela encendida, se acercaron á arrodillarse á ambos lados del aparato, como si fuesen á adorar á algún santo.

Después de mucho deliberar, acabaron por concederme los cinco equipalitos usados en la fiesta. Mi compañero y

yo fuimos los últimos que partimos de las ciento setenta personas que se habían reunido, según nos dijeron, y me alejé bastante satisfecho del resultado de mi viaje, llegando á mi alojamiento de San Andrés, precisamente en el momento oportuno para escapar de un aguacero.